

Carlos A. Tozzini

JOSE INGENIEROS Y LA ENSEÑANZA DE LA ÉTICA VITAL.

CARLOS A. TOZZINI

Forma de citar: Tozzini, C.A. (2025). José Ingenieros y la enseñanza de la ética vital. *Prisiones. Revista electrónica del Centro de Estudios de Ejecución Penal*, 8, 123-126.

Recibido: 10-10-2025 | Aprobado: 15-10-2025 | Publicado en línea: 23-12-2025



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Carlos A. Tozzini

JOSE INGENIEROS Y LA ENSEÑANZA DE LA ÉTICA VITAL.

Carlos A. Tozzini

Como todo genio que irrumpe y traspone una época, era José Ingenieros un hombre multifacético: filósofo, psiquiatra, sociólogo, criminólogo, docente universitario... y hasta bohemio, adherente de ensoñaciones a las noches de "La Siringa". Pero más allá del hombre pluridimensional está su gran síntesis: su vocación de moralista.

La practicaba no sólo con su pluma —urticante como un látigo—, sino, y sobre todo, con el ejemplo de vivir y exponer en función de convicciones irrenunciables.

Se puede disentir con una idea. Lo que no admite disenso es lo socialmente grandioso de toda conducta recta y tesonera, que no se tuerce ante la posibilidad de aprovechamiento interesado y egoísta de cada presente.

A este José Ingenieros quiero referirme. Al autor de *El hombre mediocre*; al que, parigual que Jiménez de Asúa, formó juventudes para la honestidad científica y ética. A uno lo leí en páginas siempre frescas; a Jiménez de Asúa -el educador por excelencia- tuve la dicha de admirarlo en vida.

En todo este libro de José Ingenieros campea un desprecio hacia el mediocre que raya con la conmiseración rechazante. Pero considera tal -llamémosle- "sociopatía" un verdadero "peligro social" cuando se aúna en rebaños. "Épocas hay -dice- en que el equilibrio social se rompe en su favor. El ambiente tórnase refractario a todo afán de perfección; los ideales se agostan y la dignidad se ausenta; los hombres acomodaticios tienen su primavera florida. Los Estados conviértense en mediocracias; la falta de aspiraciones, que mantengan en alto el nivel moral y de cultura, ahonda la ciénaga constantemente. Aunque aislados no merezcan atención, en conjunto constituyen un régimen, representan un sistema especial de intereses inconmovibles.

Tanta es la tergiversación que denuncia, al par que la rectitud de conducta que exige, que lo social aparece como observado a través de una lente de aumento: lo pequeño se agranda y lo grande desaparece de la vista. Y, de este modo, el hombre recto se vuelve un segregado, un inadaptado, un misántropo, que nada pide y al que nada se le otorga. La línea de conducta aconsejable es la zigzagueante, que, como torturada palanca de Arquímedes en un mundo de distorsiones axiológicas, resulta la única apta para elevar un hombre al pináculo... de lo intrascendente y perezoso.

Desde el ángulo ético que impone Ingenieros, quien quisiese parangonar a Erasmo y escribir un elogio de una tal sociedad, tendría que concluir en que, así como los grandes árboles de una selva elevan su copa muy alta, cubriendo umbríamente el suelo y pudriendo al fin sus propias raíces, hasta morir, la sabiduría de esos hombres se muestra a través de una sociedad que, despegado lo superior de lo inferior, ha aprendido a evitar inteligentemente su gangrena dando vuelta los árboles, es decir, sepultando las ricas copas en la tierra y elevando las raíces secas, incapaces de proyectar siquiera sombras.

Carlos A. Tozzini

Mas no sería tanto así. Hay una ética que oponer al mediocre cuando se da el momento que lo favorece. Ingenieros creyó -y por eso escribió- que una sociedad puede salvarse a pesar de la mediocracia arribista, servilmente trepadora, que busca en los bienes efímeros de la fama, el poder personal y la riqueza, compensaciones para sus minusvalías. A tal fin postuló una “aristocracia natural”, que proviene del talento y de los ideales permanentes de autosuperación. Lo mismo postula en su deontología ética, que tituló *Las fuerzas morales*.

Sin embargo, olvidó expresar que el valor de la productividad social nace sólo del amor al prójimo y a la verdad por la verdad misma, no simplemente del talento. Un hombre que trabaja para sí, solamente para su propio y personal enaltecimiento, aun cuando lo haga con brillo, desde el libro o la cátedra, es huero y horro de toda positividad, ya que puede torcer la verdad en pro de la originalidad. Sus desvelos egocéntricos morirán y serán enterrados con él, sin reivindicaciones futuras. Es que se produce cuando se debe, no cuando se quiere; cuando se tiene algo que aportar y, así, devolver a la sociedad. De otro modo, sostiene, el apartamiento voluntario es la dignidad donde debe reposar la imaginación creativa, sin enquistarse como la ameba. La semilla germina bajo tierra, mientras duerme en apariencia; los rebuznos del asno en superficie atruenan un instante el aire, pero los barre la más leve brisa, sin utilidad ni grandeza.

Siendo el moralista estoico la síntesis vocacional de Ingenieros, es lógico que el enfoque ético coloree también su concepción de criminólogo. Así, en la *Criminología*, sin abandonar los cauces del positivismo jurídico, que entonces imperaba, sin dejar de ser evolucionista y naturalista, construyó sobre la base del valor moral del comportarse humano, el concepto de “delito natural” (contra la moral social), como diferente -y hasta más desvalioso- del de “delito legal”, de evolución más lenta. “Este tipo de «delincuente natural» escapa a la represión de la ley, sin ser por ello menos antisocial y peligroso que muchos ladrones y homicidas, a quienes aventaja en la práctica de la infamia, como esas fuerzas moleculares que nadie ve y carcomen los metales más nobles. El vicio, siendo siempre inmoral, no es siempre un delito para la ley. El hipócrita, que traiciona a la verdad, y el servil, que traiciona a la dignidad, no van a la cárcel. Su vicio es tan difundido que el interés de los más está en no calificarlo legalmente como delito; pero ello no priva del desprecio de los virtuosos, que se sobreponen a la mediocridad moral del medio en que viven”.

Y su criminología presenta, desde esta mira moral que él impone la brillante novedad de que, en cambio, pueda ser heroico lo ilícito cuando la virtud lo inspira y lo apuntala, como la *asébeia* de que fue acusado Sócrates y la profunda revolución moral y social de Jesús, que a ambos les costó la vida, pero nunca sus obras.

Al fin, todas estas consideraciones sobre ética de conducta parecería que llevan hacia un círculo vicioso: el mediocre se abre paso a codazos, y el hombre justo y recto se lo cede y se arrincona, incapaz de competir en ese campo; ¿cómo, entonces, suprimir la mediocridad, deteniendo su desarrollo y evitando, así, la perpetuación de la mediocracia? Creo que ésta es la gran obra moral que implícitamente legó Ingenieros: enseñar de modo imperecedero qué es lo bueno y qué, en cambio, lo malo en la autocreación humana que significa el carácter. Pues dar

Carlos A. Tozzini

conciencia de una necesidad de opción vital es generar responsabilidad por dicha decisión. Por consecuencia, aunque se geste en silencio (y el ejemplo de Jesús es válido), la multiplicación de hombres dignificados en la persecución de ideales alocéntricos (faz ética previa, sin la cual el talento es bastardo) terminará por imponerse, por propia gravitación, como ahuyenta la luz a las tinieblas, y hará batir en retirada al mediocre, imposibilitado, cual la oruga, para levantar el vientre del suelo.

Este fue, creo, el ideal moral que persiguió con su obra y uno de los que, con seguridad, le abrieron paso, hace ya cincuenta años, al poco habitado y selecto mundo de la gloria.